

843  
D.

IQ 2027  
M7  
S6  
V.10



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS  
MOHICANOS DE PARÍS.

CAPÍTULO XIV.

EN EL QUE MR. DE MARANDE ES CONSECUENTE CONSIGO  
MISMO.

Mr. de Humboldt, ese gran filósofo y geólogo, ha dicho á propósito de la impresión producida por los temblores de tierra :

« Esta impresión no proviene más que de las imágenes de catástrofes, cuyo recuerdo nos conserva la historia, presentándose entonces en tropel en nuestra imaginación. Lo que nos sobrecoge, es que perdemos de repente nuestra innata confianza en la estabilidad del suelo ; desde nuestra infancia estamos habituados al contraste de la movilidad del Océano con la inmovilidad de la tierra. El testimonio de los sentidos fortifica nuestra seguridad ; el suelo tiembla, este movimiento viene á destruir la experiencia de toda nuestra vida. Es que un poder desconocido se levanta de repente, la tranquilidad de la naturaleza sólo era una

ilusión, y nos sentimos arrojados violentamente en un caos de fuerza destructora.»

¡Pues bien! esta impresión física tiene su equivalente en la impresión moral que debe producirse después de algunos años de casamiento, cuando después de haber adorado á su mujer, después de haber tenido plena confianza en ella, ve el hombre abrirse de repente ante sus pies el abismo de la duda.

En efecto, ¿conocéis una situación más profundamente sombría, más dolorosamente deplorable que la del hombre que, estrecha é indisolublemente unido á una mujer, después de haber vivido á su lado durante algunos años con plena seguridad, siente que su fe le falta, turbándose su sosiego? La duda, que ha empezado por la mujer que ama, invade la creación entera. Duda de sí, de los demás, de la luz, de Dios, y por último se asemeja en todo á aquel de quien habla Mr. de Humboldt, quien después de haber creído por treinta años que el suelo era estable, lo siente de improviso temblar bajo sus pies, y le ve entreabrirse ante sí.

Por fortuna, no era tal la situación de Mr. de Marande; situación, por lo demás, muy difícil de describir. Como había dicho á su mujer, *el conocimiento de sí mismo* le había dado un gran fondo de indulgencia por la hermosa pecadora que, por la serie de circunstancias que ya hemos dicho, había visto su suerte unida á la suya; y á pesar de esta indulgencia que le había hecho conceder á su esposa toda la libertad para obrar, es preciso saber que amaba á su esposa, y que ninguna otra mujer en el mundo le parecía más digna de ser amada y adorada. Ahora, como no hay amor sin celos, claro es que interiormente Mr. de Marande debía estar celoso de Juan Robert, y en efecto, tenía

unos celos enormes, profundos, desmesurados. Pero, ¿cuál sería el trabajo de un hombre de talento, si este talento no es una máscara que cubre aquel de los dolores que en lugar de conceder la sociedad su piedad por él, sólo concede el ridículo?

Mr. de Marande, no sólo obraba como filósofo, sino aun como hombre de gran corazón; teniendo una mujer de la cual no podía racionalmente exigir ese sentimiento físico y sensual que llaman amor, se arregló de modo de obligarla á que le concediese ese sentimiento moral que llaman reconocimiento. Mr. de Marande era quizá el hombre más celoso del mundo, aparentando no serlo.

No hay motivo por qué maravillarse, que habiendo resuelto ser amigo de Juan Robert, pusiese tanto empeño en ser enemigo de Mr. de Valgeneuse; su odio por este último era una especie de válvula de seguridad que dejaba escapar sus celos por el primero; celos, que sin ese mecanismo providencial, iban un día ú otro á hacer estallar la máquina.

Ahora se había presentado una ocasión de dar salida á este odio.

Á la mañana siguiente de la nocturna entrevista que hemos referido, Mr. de Marande, en vez de salir á las nueve en carruaje para las Tullerías, salió á las siete á pie, tomó un cabriolé en el boulevard y se hizo conducir a la calle de la Universidad, donde vivía Juan Robert.

Mr. de Marande subió los tres pisos del poeta y llamó. El criado vino á abrirle.

Mientras preguntaba si Mr. Juan Robert estaba visible, dirigió Mr. de Marande una ojeada por la antecámara.

Sobre una mesa estaba una caja de pistolas; en un rincón un par de espadas de desafío.

Mr. de Marande había acertado.

El criado contestó que su amo no estaba visible.

Por desgracia, Mr. de Marande, que tenía el oído tan delicado, como vista perspicaz, oyó distintamente á dos ó tres hombres que parecían discutir en la alcoba de Juan Robert.

Entregó su tarjeta al criado, encargándole la entregase á su amo tan pronto como estuviese solo, añadiendo que él, Mr. de Marande, volvería á las diez, es decir, cuando saliera de la habitación del rey.

Estas palabras, cuando saliera de la habitación del rey, parecieron causar un grande efecto en el criado de Juan Robert, y aseguraron á Mr. de Marande que su recomendación sería seguida puntualmente.

El banquero se retiró.

Pero, apenas se separó cuatro pasos de la puerta de Juan Robert, hizo detener y volver el carruaje de modo que pudiese ver á los que salieran de casa de nuestro poeta, ó más bién de la casa en que vivía nuestro poeta.

No tardaron mucho en salir dos jóvenes á quienes reconoció: uno era Ludovico y el otro Petrus.

Se dirigieron hacia el sitio en que estaba Mr. de Marande, de modo que éste no tuvo más que bajar para encontrarse frente á ellos.

Los dos jóvenes se separaron saludando cortésmente al banquero, por el cual sentían una gran simpatía moral, y una gran consideración política.

No se figuraban por nada del mundo que Mr. de Marande tuviese que hablar con ellos, cuando éste los detuvo sonriendo.

— Dispensadme, señores, dijo; pero os estaba esperando.

— ¿ Á nosotros ? contestaron á una voz los dos jóvenes, mirándose asombrados.

— Sí, á vosotros; sabía que vuestro amigo os enviaria á buscar esta mañana, y quería deciros dos palabras respecto á la misión de que acaba de encargarnos.

Los dos jóvenes se miraron con un asombro creciente.

— Me conocéis ya, señores, continuó Mr. de Marande con su encantadora sonrisa; soy un hombre formal, acostumbrado á respetar á todas las personas honradas, por lo cual no podréis sospechar en mí la menor intención de faltar á la honradez de nuestro amigo.

Los dos jóvenes se inclinaron.

— Pues bien, continuó Mr. de Marande, hacedme un favor.

— ¿Cuál?

— El de contestar francamente á mis preguntas.

— Con mucho gusto lo haremos, dijo Petrus sonriendo á su vez.

— Vais á casa de Mr. de Valgeneuse, ¿ no es cierto ?

— Sí, señor, contestaron asombrados los dos jóvenes.

— ¿ Vais á arreglar con él ó con sus testigos las condiciones para un desafío ?

— Señor...

— ¡ Oh ! contestadme con franqueza. Soy ministro de Hacienda y no prefecto de policía.

— Es verdad, señor.

— ¿ Vais sin saber cuál es el motivo de ese desafío ?

Y al hacer esta pregunta, Mr. de Marande miró fijamente á los dos jóvenes.

— Verdad es también, contestaron.

— Sí, murmuró sonriendo Mr. de Marande; ya sabía que Mr. Juan Robert era un cumplido caballero.

Y como Petrus y Ludovico esperasen :

— Pues bien ; yo conozco esta causa, y tengo que decir á Mr. Juan Robert, á quien veré de aquí á una hora, algunas cosas que probablemente modificarán su resolución.

— Creo que no, señor ; nuestro amigo nos ha parecido muy decidido y firme en su voluntad.

— Hacedme un obsequio, señores.

— Con mucho gusto, contestaron los dos jóvenes.

— No vayáis á casa de Mr. de Valgeneuse hasta que haya visto á Mr. Juan Robert, y que después de haberme visto haya hablado con vosotros.

— Señor, eso es separarnos de tal modo de las instrucciones de nuestro amigo, que ciertamente no sabemos...

— Es asunto de dos horas.

— En ciertas materias, dos horas es mucho tiempo... es la iniciativa.

— Os aseguro, señores, que nuestro amigo, en vez de sentirlo, agradecerá esta tardanza.

— ¿ Nos lo aseguráis ?

— Os doy mi palabra de honor.

Los dos jóvenes se miraron.

Después Petrus dijo :

— ¿ Pero por qué no subís ahora mismo á casa de Mr. Juan Robert ?

Mr. de Marande miró la hora.

— Porque son las nueve menos diez minutos, y debo estar en las Tullerías á las nueve en punto ; no soy ministro hace mucho tiempo para hacer esperar al rey.

— Entonces, permitidnos subir y prevenir á nuestro amigo de esta conversación.

— No, señores, no, os lo suplico ; las intenciones de

Mr. Juan Robert deben modificarse después que yo le haya hablado ; pero á las once id á su casa.

— Sin embargo... insistió Ludovico.

— Suponed, dijo Mr. de Marande, que no habéis hablado á Mr. de Valgeneuse en su casa y admitirá esta pequeña tardanza.

— Amigo, dijo Petrus, cuando un hombre como Mr. de Marande nos da su palabra, debemos descansar en ella.

Después inclinándose ante el banquero-ministro :

— Estaremos á las once en casa de nuestro amigo, señor, dijo, y hasta entonces no daremos paso alguno que pueda perjudicar vuestras intenciones.

Y saludándole por segunda vez, indicaron á Mr. de Marande que no querían detenerlo más tiempo en la calle.

Mr. de Marande subió efectivamente en el cabriolé, que tomó al escape el camino de las Tullerías.

Los dos jóvenes entraron en el café Desmares, donde se hicieron servir un desayuno para ocupar el plazo que les había dado Mr. de Marande.

Durante este tiempo, el criado de Juan Robert había entregado á su amo la tarjeta del ministro, sin olvidarse de decirle que volvería al salir de las habitaciones del rey.

Juan Robert se lo hizo repetir dos veces, cogió la tarjeta y al leerla frunció involuntariamente el entrecejo ; no porque temiese, pues el joven era valiente con la pluma y con la espada ; pero le inquietaba el incógnito.

— ¿ Qué podía querer Mr. de Marande á las ocho de la mañana, á una hora en la que los banqueros y los ministros están despiertos, pero los poetas duermen ?

Felizmente no tenía que esperar mucho tiempo.

En efecto, á las diez en punto llamaron á su puerta y

dos segundos después, el criado introdujo á Mr. de Marande.

Juan Robert se levantó.

— Recibid mis excusas, le dijo; me habéis hecho el honor de venir á mi casa á las ocho y media de la mañana.

— Y vos no habéis podido recibirme, señor, replicó Mr. de Marande; es muy sencillo, estabais ocupado con dos de vuestros amigos, Mrs. Petrus y Ludovico; esto es entre nosotros, gentes de negocios, lo que dice el proverbio: « Los asuntos antes que los placeres. » Habéis retardado el placer de veros, y ese es muy grande para mí.

Estas palabras, lo mismo podian ser una burla que un cumplido: Sin saber aun á qué atenerse, Juan Robert ofreció un sillón á Mr. de Marande.

Habiéndose éste sentado, le hizo señal á Juan Robert para que se sentase á su lado.

— Mi visita parece sorprenderos, dijo el banquero.

— Señor, dijo Juan Robert, me honra de tal modo, en efecto...

El banquero le interrumpió:

— ¡ Pues bien ! dijo, lo que me sorprende, es no habéroslo hecho más pronto. ¿ Pero qué queréis ? Nosotros, las personas de negocios, somos la ingratitud personificada, y olvidamos ruinmente, en medio de nuestros trabajos, á los hombres que nos presentan nuestros más dulces placeres. Esto es decir, que después de que vos me hacéis el honor de ir al hotel de la calle Laffitte, tengo vergüenza de venir á mi vez á visitaros por primera vez.

— Señor, balbuceó Juan Robert, confuso por los cumplidos del banquero, y queriendo en vano comprender dónde iría á parar.

— ¿ Veamos qué sucede, continuó Mr. de Marande, y de

dónde proviene, que parece me dais las gracias en vez de dirigirme los reproches que merezco ? Me tratáis, perdonadme esta expresión financiera, como á un acreedor, en vez de tratarme como un deudor. Os debo un número de visitas incalculables, y ayer noche se lo decía á mi esposa poco después que vos os separasteis de ella.

— ¡ Ah ! ya comprendo, pensó Juan Robert, me vió anoche salir de su casa á una hora intempestiva y viene á pedirme cuentas.

— Mi esposa, continuó el banquero, que no había podido menos de detenerse al aparte de Juan Robert, tiene por vos un afecto grande.

— ¡ Señor !...

— Os ama como un hermano.

Mr. de Marande insistió sobre estas últimas palabras.

— Lo que me maravilla y siento, es que no haya podido inspiraros para mí un poco de ese afecto que siente por vos.

— Señor, se apresuró á decir Juan Robert, asombrado del giro que tomaba la conversación, y muy distante de adivinar el objeto; la diferencia de nuestras ocupaciones me impide sin duda tener...

— Tener amistad para mí, interrumpió Mr. de Marande. ¿ Pensáis, mi querido poeta, que la inteligencia está reñida con nuestros trabajos de banca ? Pensáis, como los que no conocen de los negocios más que las utilidades, que todos los banqueros son necios, ó...

— ¡ Oh ! señor, exclamó el poeta, lejos de mi semejante pensamiento.

— Estaba seguro desde luego de ello, continuó el banquero, y por eso os digo: Nuestros trabajos, sin que lo parezca, tienen cierta analogía, cierta cosa común. Es el ne-

gocio lo que, por decirlo así, da la vida. La poesía nos enseña á gozar de ella. Somos los dos polos, y por consecuencia necesarios ambos al movimiento del globo.

— Pero, dijo Juan Robert, por esas palabras me probáis que sois poeta como yo.

— Me aduláis, contestó Mr. de Marande, no merezco ese honroso título, aunque he intentado conquistarlo.

— ¿ Vos ?

— Si, ¿ os maravilla eso ?

— De ningún modo ; pero...

— Si, ¿ el Banco os parece incompatible con la poesía ?

— No digo eso, señor...

— Pero lo pensáis, que es lo mismo.

— No ; sólo digo que no conozco ninguna composición vuestra.

— ¿ Qué os prueba que haya tenido vocación ? Tened cuidado : un día que tenga motivo de queja de vos, llegaré aquí con un manuscrito en la mano. Hoy es otra cosa, pues vengo á excusarme con vos. Sabed que he hecho, como todo el mundo, una tragedia : un *Coriolano*, además seis cantos de un poema titulado : *La Humanidad*, un volumen de poesías íntimas, y... ¿ qué sé yo, cuántas cosas más ? Pero como la poesía es un culto que no sostiene á sus sacerdotes, me ha sido preciso trabajar materialmente, en vez de trabajar espiritualmente, y hé aquí cómo me he convertido en banquero, cuando, permitidme os lo diga á vos solo, por miedo que me tachen de orgulloso cuando hubiera podido ser vuestro compañero.

Juan Robert se inclinó profundamente, más estupefacto que nunca del giro inesperado que tomaba la conversación.

— A ese título, pues, continuó Mr. de Marande, re-

clamo vuestra amistad, y lo que es más, vengo á pedir os una prueba.

— ¡ A mí ! Hablad, hablad, señor, exclamó Juan Robert en el colmo del asombro.

— Si hay aún dichosamente en este mundo, repuso Mr. de Marande, algunas personas que, como nosotros, rinden culto á la poesía, hay otros que en desprecio de todo lo ideal, sólo piden á este mundo placeres groseros, goces físicos, satisfacciones materiales. Esa es la especie que más se opone á los adelantos de la civilización. Igualar el hombre á la bestia, satisfacer sólo el apetito brutal, no pedir á la mujer más que la satisfacción de un libertinaje ávido, es, en mi opinión, una de las llagas de nuestra sociedad. ¿ Participáis de mi opinión, mi querido poeta ?

— Completamente, señor, contestó Juan Robert.

— Pues bien, existe un hombre, en el cual parecen encarnados todos los defectos de la especie. Un libertino que pretende elevarse sobre los demás, y que no retrocede ante ninguna imposibilidad para conseguir una victoria, ó para dar á una derrota una apariencia de victoria. Ese hombre, ese libertino, ese necio, le conocéis, es Mr. Loredán de Valgeneuse.

— ¡ Mr. de Valgeneuse ! exclamó Juan Robert. ¡ Oh ! sí, le conozco.

Y un relámpago de odio apareció en sus ojos.

— Pues bien, mi querido poeta, figuraos que anoche mi esposa me ha contado palabra por palabra la escena que acababa de pasar en su habitación entre vos y él.

Juan Robert se estremeció. Pero el banquero continuó en el mismo tono de afabilidad y cortesía :

— Sabía hace mucho tiempo por mi esposa misma que ese necio le hacía la corte. No esperaba, pues, más que

una ocasión, en mi cualidad de protector legal de mi esposa, para dar á ese necio la lección que merece, aunque creo que no la aprovechará mucho, cuando acaba de presentarse esta ocasión de una manera inesperada.

— ¿Qué queréis decir, señor? exclamó Juan Robert, entreviendo vagamente el designio de su interlocutor.

— Quiero decir sencillamente, mi querido poeta, que una vez que Mr. de Valgeneuse ha ofendido á mi esposa, voy á matar á Mr. de Valgeneuse, nada más sencillo.

— Permitidme, señor, exclamó Juan Robert, me parece que habiendo sido yo testigo de la ofensa hecha á vuestra esposa, me corresponde el castigar esta ofensa.

— Perdonad, mi querido poeta, dijo sonriendo Mr. de Marande, os pido vuestra amistad, pero no vuestra abnegación.

— Veamos, hablemos formalmente.

— La ofensa se ha hecho.

— ¿Á qué hora?

— Á medianoche.

— ¿Dónde ha tenido lugar?

— En una habitación en que Mad. de Marande se acuesta muchas veces por capricho.

— ¿Dónde estaba oculto Mr. de Valgeneuse?

— En la alcoba de esta habitación.

— Todo esto es de la vida privada.

— Completamente.

— No soy yo quien he descubierto á Mr. de Valgeneuse en la alcoba; pero yo era quien debía haber estado en la habitación; yo soy quien he debido descubrir á Mr. de Valgeneuse. Conocéis nuestros periódicos, y sobre todo á nuestros periodistas.

— ¿Qué comentarios tan singulares no harán de vuestro

duelo con Mr. de Valgeneuse? ¿No pensáis que el nombre de Mad. de Marande, es decir, un nombre honrado, que debe permanecer lo mismo, por confusamente que fuese indicado, no sería reconocido por la malevolencia?

— Reflexionad antes de contestarme.

— Sin embargo, señor, dijo Juan Robert, que comprendía toda la justicia de ese raciocinio, yo no puedo permitir que os batáis con un hombre que ha insultado á una mujer delante de mí.

— Perdonadme, amigo mío, me permitis que os dé este título, ¿no es cierto? permitidme os contradiga; pero la mujer que han insultado delante de vos, que estabais visitándola, notad bien que vos no sois más que una visita para mí, esta mujer es la mía; quiero decir, que lleva mi nombre, y que á ese título, aunque tuvieseis cien veces razón, me corresponde á mí el defenderla.

— Pero, señor... balbuceó Juan Robert.

— Ya lo veis, querido poeta, vos que habláis con tanta facilidad, vaciláis al contestarme.

— Pero en fin, señor...

— Os he pedido una prueba de amistad, ¿queréis dármela?

Juan Robert vaciló en contestar.

— Es la de guardar un profundo silencio sobre esta aventura, continuó el banquero.

Juan Robert bajó la cabeza

— Y si es preciso, amigo mío, mi esposa os lo suplica al par mío.

El banquero se levantó.

— Pero, exclamó de repente Juan Robert, lo que me pedís, es imposible.

— ¿Por qué?

— Á esta hora, dos amigos míos deben estar en casa de Mr. de Valgeneuse para que les diga el nombre de las personas con quienes deben entenderse.

— Esos dos amigos, ¿son Mrs. Petrus y Ludovico?

— Sí.

— Pues bien, no os inquietéis por esa parte; los encontré al salir de vuestra casa, y he obtenido de ellos, bajo mi responsabilidad, que esperasen hasta las once y viniesen á tomar órdenes nuevas. ¡Eh! esperad, parece que habían arreglado sus relojes por el vuestro, y que en este momento de las once ellos llaman á vuestra puerta.

— Entonces nada tengo que decir, replicó Juan Robert.

— ¡Hasta la vista! dijo Mr. de Marande tendiendo la mano á Juan Robert.

Después dió algunos pasos hacia la puerta, y deteniéndose de repente:

— ¡Pardiez! dijo, olvidaba el objeto principal de mi visita.

Juan Robert miró al banquero con una nueva expresión de asombro mayor que las anteriores.

— Había venido para suplicaros de parte de mi esposa, que quiere asistir precisamente á vuestra primera representación, pero que no quiere ser vista, que la cambiasen su palco por uno de proscenio. ¿Es posible?

— Sin duda.

— Pues bien, si os preguntan por qué he venido á vuestra casa, tened la bondad de decir el principal motivo; que es el cambio de localidad, ¿no es cierto?

— No lo olvidaré, señor.

— Y ahora, dijo Mr. de Marande, os pido perdón por haber dilatado tanto mi visita por una cosa tan sencilla.

Después, saludando profundamente á Juan Robert,

Mr. de Marande se retiró con gran aturdimiento del poeta, quien al verle desaparecer experimentó hacia él una especie de respetuosa simpatía. El hombre le pareció grande; el marido le pareció sublime.

Detrás de Mr. de Marande, aparecieron los dos jóvenes.

— ¿Y bien? le preguntaron á Juan Robert.

— Siento mucho haberos molestado esta mañana, les dijo; ya no tengo nada que arreglar con Mr. de Valgeneuse.

## CAPÍTULO XV.

EN EL QUE LOS RESULTADOS DE LA BATALLA DE NAVARINO SON CONSIDERADOS BAJO UN NUEVO ASPECTO.

Mientras que Mr. de Marande explicaba afectuosamente á Juan Robert la causa de su visita, veamos lo que sucedía en casa de Mr. de Valgeneuse, ó más bien fuera de su casa.

Loredán, como ya hemos dicho, se había escapado de casa de la señora de Marande; pero, como hemos dicho también, tuvo la torpeza, por bajar precipitadamente la escalera, de tropezar con Mr. de Marande, á quien apagó la palmatoria, y le derribó la cartera.

Por listo que hubiera estado en desaparecer, estaba casi seguro de que el banquero le había reconocido; y en todo caso no le quedaba duda de haberlo sido por Juan Robert; por lo cual, esperaba recibir aquella mañana la visita de uno de los dos ó tal vez la de ambos.

Sin embargo, no las esperaba hasta las nueve ó diez de la mañana; tenía por tanto, mientras llegaban, todo el